

En el tocador, Zoé, tirada sobre una silla, lloraba á lágrima viva, mientras que Satin intentaba en vano consolarla.

—¿Qué ocurre, pues?—preguntó Nana sorprendida.

—¡Oh! Querida, háblala—dijo Satin.—Hace veinte minutos que quiero hacerla entrar en razon..... Lloro porque tú la has llamado bestia.

—Sí, señora..... es muy duro..... es muy duro.....—baluceó Zoé, ahogada por una nueva crisis de sollozos.

De repente este espectáculo enterneció á la jóven. La consoló con buenas palabras. Y como la otra no se calmaba, se arrojó delante de ella y la cogió la cintura, en un gesto de familiaridad afectuosa.

—Pero, tonta, yo he dicho bestia como hubiera podido decir cualquier cosa. ¡Qué sabía yo lo que me hacía! Estaba colérica..... Vamos, conozco que no tuve razon; cálmate.

—Yo, que amo tanto á la señora.....—baluceaba Zoé.—Después de lo que he hecho por la señora.....

Entonces Nana abrazó á la doncella.

Después, para demostrarle que no estaba incomodada, le regaló un vestido que se habia puesto ella tres veces. Sus pendencias concluían siempre con regalos.

Zoé se tapaba los ojos con su pañuelo. Colocó el vestido sobre su brazo, y añadió aún que en la cocina estaban muy tristes; que Julian y Francisco no habian podido comer; de tal manera les quitaba el apetito la cólera de la señora. Y la señora les envió un luis, como prenda de reconciliación. El pesar alrededor de ella la hacía sufrir demasiado.

Nana regresaba al salon dichosa de haber arreglado esta riña, que la inquietaba para el dia siguiente, cuando Satin la habló con viva voz al oido.

Satin se quejaba y amenazaba con marcharse si estos hombres volvían á darla broma, y exigía que su querida los plantase á todos á la puerta esta misma noche. Así aprenderían. ¡Sería tan dulce quedar solas las dos!

Nana protestaba de que no era posible.

Entonces la otra la maltrató como niño irritado, imponiéndole su autoridad.

—¡Yo lo quiero, oyes!..... ¡Despidelos, ó soy yo quien se larga!

Y volvió á entrar en el salon, se extendió en el fondo de un divan, cerca de la ventana, silenciosa y como muerta, con sus grandes ojos fijos sobre Nana, esperando.

Los señores estaban de acuerdo en contra de las nuevas teorías criminalistas; con esta bella invención de irresponsabilidad en ciertos casos patológicos, no habia ya criminales; habia únicamente enfermos.

La jóven, que aprobaba con la cabeza, buscaba alguna manera de despedir al Conde. Los otros iban á partir; pero él se obstinaria seguramente.

En efecto, cuando Felipe se levantó para retirarse, Jorge le siguió al mismo tiempo; su única inquietud era dejar á su hermano detras de él.

Vandeubres quedó algunos minutos aún; tanteaba el terreno, esperaba saber si por casualidad algun negocio obligaba á Muffat á cederle el puesto; después, cuando le vió instalarse redonda y definitivamente, no insistió más y se despidió como hombre de tacto. Pero cuando se dirigía hácia la puerta, divisó á Satin con su mirada fija, y comprendiendo, sin duda, fué á estrecharle la mano con muy buen humor.

—¿Eh? ¿Con que, nos hemos incomodado?—murmuró.—Perdóname..... ¡Tú eres la más distinguida; palabra de honor!

Satin no se dignó responder. No separaba sus ojos de Nana y el Conde que habian quedado solos. Como ya no tenian por qué contenerse, Muffat vino á sentarse cerca de la jóven y le cogió los dedos, que besaba.

Entonces ella, buscando una transición, preguntó si estaba mejor su hija Estela.

La vispera se habia quejado de la tristeza de esta niña; no podia pasar un dia dichoso en su casa, con su mujer siempre fuera y su hija encerrada en un silencio glacial.

Nana para estos asuntos de familia tenía siempre muy buenos consejos. Y como Muffat, con el cuerpo y el espíritu abatidos, comenzase otra vez sus clamores:

—¡Si tú la casases!—dijo ella acordándose de la promesa que habia hecho.

En seguida se atrevió á hablar de Daguenet.

El Conde, á este nombre, hizo un gesto de disgusto. ¡Jamás, después de lo que le había contado!

Nana fingió extrañeza, estallando después en una carcajada, y cogiéndole por el cuello:

—¡Oh! ¡Miren el celoso!.... Pero sé razonable. Te habían hablado mal de mí, y yo estaba furiosa.... Hoy tendría un gran disgusto....

Pero por encima del hombro de Nana encontró la mirada de Satin. Inquieta, le soltó, continuando gravemente:

—Amigo mío, es preciso que este matrimonio se haga; yo no quiero impedir la felicidad de tu hija. Ese joven es muy bueno, y te sería difícil encontrar otro mejor.

Y se extendió en un elogio extraordinario de Daguenet. El Conde la había cogido las manos; no decía que no, ya vería, hablarían de esto.

Después, como indicara que iba á quedarse á pasar la noche, Nana bajó la voz y dió sus razones. Imposible, estaba indispuesta; si la amaba un poco, no insistiría.

Sin embargo, él se empeñaba, rehusaba partir, y la joven iba ya cediendo, cuando nuevamente encontró la mirada de Satin. Entonces fué muy inflexible. No, no podía ser de ninguna manera.

El Conde, muy afectado, el aire dolorido, se levantó y buscó su sombrero. Pero á la puerta recordó el aderezo de zafiros, cuyo estuche sentía en su bolsillo; quería ocultarle en el fondo del lecho para que ella al acostarse lo encontrara con sus piernas; una gran sorpresa de niño, que meditaba desde que se sentó á la mesa. Y en su turbación, en su angustia de ser despedido así, le entregó bruscamente el estuche.

—¿Qué es esto?—preguntó Nana.—¡Toma! zafiros.... ¡Ah! sí, aquel aderezo. ¡Qué amable eres!.... Pero ¿estás seguro de que es el mismo, querido? En el escaparate hacía más efecto.

Estas fueron las gracias que le dió, y le dejó partir. El Conde acababa de divisar á Satin, acechando en su espera silenciosa.

Entonces miró á las dos mujeres, y no insistiendo más, sometiéndose, bajó.

Aun no estaba cerrada la puerta del vestíbulo, cuando Satin agarró á Nana por la cintura cantando y bailando. Después, yendo hacia la ventana:

—Voy á ver la facha que tiene sobre el empedrado.

Entre la sombra de las cortinas las dos mujeres miraron á la calle.

Daba la una. La avenida de Villiers, desierta, extendía la doble fila de sus mecheros de gas en el fondo de aquella noche húmeda de Marzo, que barrián grandes ráfagas de viento cargadas de lluvia.

Los terrenos incultos de los alrededores formaban agujeros de tinieblas; los hoteles en construcción elevaban sus andamios bajo el cielo negro.

Y ambas estallaron en una risa loca al ver la redonda espalda de Muffat, que se marchaba á lo largo de la mojada calle, con el reflejo trémulo de su sombra á través de esta llanura glacial y vacía del nuevo París. Pero Nana hizo callar á Satin.

—Ten cuidado: ¡los agentes!

Entonces ahogaron sus risas, mirando con un miedo raro, del otro lado de la avenida, dos figuras negras que marchaban acompasadamente.

Nana, en su lujo, en su majestad de mujer obedecida, había conservado un espanto de la policía, no queriendo oír hablar de ella más que de la muerte.

Cuando un agente levantaba los ojos sobre su hotel experimentaba un malestar. No se podía tener seguridad con estas gentes.

Si las oían reír á estas horas de la noche, podían muy bien tomarlas por mujerzuelas.

Satin se había estrechado contra Nana con un ligero calorífico.

Sin embargo, continuaban allí, interesadas por la aproximación de una linterna que bailaba en medio de los baches de agua de la calzada.

Era una vieja traperera, que escudriñaba los arroyos. Satin la reconoció.

—¡Toma!—dijo—¡es la reina Pomaré con su cachemira de mimbre!

Y mientras que una ráfaga de viento y de menuda lluvia las azotaba la cara, puso al corriente á su querida de la historia de la reina Pomaré. ¡Oh! una mujer soberbia en otro tiempo, que ocupaba á todo París con su belleza; y un talento, una habilidad... los hombres conducidos como bestias, grandes personajes llorando en su escalera.

Ahora solía emborracharse: las mujeres del barrio, para reír un poco, la hacían beber ajeno, y despues en las calles los pilluelos la perseguían á pedradas.

¡En fin, un verdadero hundimiento, una reina caída en el fango!

Nana escuchaba completamente fría.

—Vas á ver—añadió Satin.

Y silbó como un hombre

La trapería, que se hallaba bajo la ventana, levantó la cabeza y se mojó al amarillo fulgor de su linterna.

Entre aquel montón de harapos, bajo un pañuelo hecho frizas, se vió un rostro azulado, lleno de costurones, con el agujero desdentado de la boca y las orejas lívidas inflamadas.

Y Nana, ante esta vejez horrible de cortesana hundida en el vicio, tuvo un brusco recuerdo: vió pasar en el fondo de las tinieblas la vision de Chaumont, aquella Irma d'Anglars, antigua mujer de la vida, colmada de años y de honores, subiéndola la gradería de su castillo en medio de un pueblo prosternado. Entónces, como Satin silbaba aún, riéndose de la vieja, que no la veía:

—¡Cállate, los agentes!—murmuró con voz conmovida.—Entremos pronto, mi gata.

Los pasos acompasados se aproximaban.

Cerraron la ventana.

Al volverse Nana tiritando, los cabellos mojados, quedó un instante sobrecogida ante su salón, como si se hubiese olvidado y creyera entrar en un sitio desconocido. Encontraba aquí un aire tan tibio, tan perfumado, que experimentaba una sorpresa deliciosa. Las riquezas amontonadas, los muebles antiguos, los bordados de seda y de oro, los marfiles, los bronceos, dormían á la rosada luz de las lámparas, mientras que de todo el hotel mudo subía la sensación llena de un gran

lujo, la solemnidad de los salones de recepción, la amplitud confortable del comedor, el recogimiento de la vasta escalera con la blandura de las alfombras y de los asientos.

Era una dilatación brusca de sí misma, de sus necesidades de dominación y de goce, de su deseo de tenerlo todo para destruirlo todo.

Jamas había sentido tan profundamente la fuerza de su sexo.

Paseó una lenta mirada, diciendo con un aire de grave filosofía:

—¡Y bien, es muy natural aprovecharse cuando una es joven!

Pero ya Satin se había echado á rodar sobre las pieles de oso de la alcoba y la llamaba.

—¡Vamos, vén pronto!

Nana se desnudó en el tocador. Para ir más de prisa, había cogido á dos manos su espesa cabellera rubia, y la sacudía por encima de la jofaina de plata, en la que cayó una lluvia de largos alfileres, que sonaban como una música sobre el blanco metal.